

SEGUNDA PARTE.

Aunque el exámen de las tendencias y efectos de la religion de Jesucristo ha de formar el asunto de todos mis discursos sucesivos, no puedo prescindir de adelantar algunas ideas en el presente. Fijémonos desde luego en la religion de las promesas y las figuras, en la alianza de Dios con su pueblo escogido. ¿Recordais la promesa que al primer hombre hizo Dios en el paraiso? ¿Recordais la esperanza que desde entonces se trasmitió á la humanidad entera para consolarla en su desgracia? Pues bien: la alianza primera, el pacto solemne de Dios con el pueblo hebreo, recordaba sin cesar esa promesa, y preparaba su cumplimiento; era el eco repetido de aquella palabra del Verbo: «yo iré y le curaré,» era el canto misterioso que entretenia á la humanidad enferma, y suspendia sus dolores mientras llegaba el momento de su curacion, y suavizando la amargura, preparaba la aplicacion del remedio; era la confirmacion de la esperanza, más afianzada cada vez en las palabras de Dios, y en los símbolos antiguos, y en los sacrificios misteriosos; era la figura al través de la cual dejaba Dios que el hombre vislumbrase la realidad futura (1); era, en fin, la aurora del gran dia esperado por el mundo.

Fijémonos en el Catolicismo, en el pacto nuevo, universal y eterno. ¿Qué hace este pacto? Realiza las esperanzas, consuma la grande obra. Da al hombre el

(1) I Corinth. X, 11.

libertador prometido, rompe las cadenas de la esclavitud primera, le enseña la ciencia de la verdad, la ciencia de Dios, disipando con la luz de la fe las tinieblas en que le envolvió el pecado, comunica con la caridad la vida del corazon que le robara el egoismo, y sustituye al espíritu de temor, que se apoderó del hombre, el espíritu de amor que es propio del hijo adoptivo de Dios (1). Para esto, hermanos míos, nace Jesucristo. Él mismo nos dice: he venido á dar testimonio de la verdad (2), para que los hombres tengan vida, y vida más abundante y perfecta (3). En una palabra, vuelve á hacer del hombre una verdadera imágen y semejanza de Dios, un amigo, un hijo de Dios (4). Más aún: da al hombre por gracia y por amor, lo que él quiso alcanzar por sí mismo rebelándose contra Dios. Quiso ser como Dios, y Dios se lo concede haciéndole participante de su divina naturaleza, segun la enérgica frase de San Pedro (5). Tan grande es, dice San Juan, el amor de Dios á su criatura (6). Lo que el hombre no pudo encontrar, lo pondrá Dios á su alcance, y hé aquí por qué quiere entrar en relacion directa, en comercio con él; comercio no solo individual y aislado con cada hombre, sino universal, estableciendo una sociedad perfecta entre Dios, autor de todas las cosas, y la humanidad entera. ¿Cómo se cumplirán estos designios de amor? Escuchad á San Pablo: Dios os envia á su Hijo hecho hombre, y le pone á la cabeza de la humanidad, con la cual celebra un pacto eterno, rubricado con la sangre de ese Hijo: *ipsum*

(1) Rom. VIII, 15.
 (2) Joann. XIX, 37.
 (3) Id. X, 10.
 (4) Rom. VIII, 16.
 (5) II Petr. I, 4.
 (6) I Joann. III, 1.

dedit caput supra omnem Ecclesiam (1). En esta sociedad, y por medio de ella, que es su cuerpo místico, y el cumplimiento ó la plenitud de aquel que lo llena todo en todas las cosas, los hombres todos podrán entrar en comunicacion con Dios, adquirir su ciencia, vivir de su vida, elevarse á su gloria, y ser una misma cosa con Dios, porque el que se une con él, tiene un mismo espíritu (2).

¡Cuán sublime es, Señores, bajo este punto de vista la religion católica! Es la reconciliacion del hombre con Dios, y la recuperacion de su grandeza y de sus derechos, con el aumento de nuevos y más preciosos caracteres. Tiene en sus brazos al hombre degradado por el pecado, y rompe sus cadenas: le da á Dios por padre, y por hermano á Jesucristo, Hijo de Dios, y Dios como el Padre: la amistad de Dios, y su amor y su verdad, por alimento de su alma, y el cielo por herencia: une á la tierra con el cielo, haciendo de la tierra el cielo de Dios, y del cielo la tierra del hombre.

Ya os lo he dicho, hermanos míos. En los discursos siguientes veremos en detalle lo que hace la religion con el individuo y con la sociedad. Hoy me ocupo solo de ideas generales para demostraros que el hombre no vive de solo pan, no se engrandece, no es feliz abandonado á sí mismo y á las cosas materiales, sino que vive de la palabra que sale de la boca de Dios, y que le atrae y le une á su Criador, inspirándole un homenaje de obediencia, un homenaje de esperanza, de adoracion, de gratitud y de amor. ¡Dichoso el hombre, feliz el pueblo que vive bajo la inspiracion de esta religion! Él será mi

(1) Ephes. I, 22.

(2) I Corinth. VI, 17.

pueblo, dice el Señor, y yo seré su Dios (1). Será mi pueblo, es decir, el pueblo de mis hijos, el objeto de mi ternura, el depositario de mi verdad, el poseedor de mi vida. Yo seré su Dios: esto es, seré su padre, y su refugio en la tribulacion, y su esperanza en el peligro, y su escudo en la tempestad, y su amigo en todo tiempo; seré su felicidad y su eterna recompensa: *Ego ero merces tua magna nimis* (2).

¿A qué tiende por fin la religion? ¿A dónde conduce á la humanidad? Si á esta pregunta contestamos refiriéndonos á la religion en su primer período, ó á la Sinagoga, bastará decir que tendia á conservar ileso el depósito de las promesas divinas, á preparar los caminos del Señor, y á simbolizar las grandezas de la nueva alianza. Condujo á la humanidad á las puertas del catolicismo: al llegar allí se desvaneció, como la luz de la luna al brillar el sol en el Oriente. Guió á la humanidad á la tierra de promision, á la Iglesia: la vió de lejos, la señaló con el dedo, cantó sus glorias, le cedió sus títulos; pero no creyó y no entró en ella. Así Moisés llegó á vista de la tierra prometida al pueblo de Israel, y no entró en ella, porque dudó de la palabra de Dios, y desconfió de su promesa (3). Acompañó, en fin, á la humanidad hasta el sepulcro de Jesucristo, como Juan á Pedro (4); pero no entró en él, no examinó sus secretos, y triste se separó de allí, esparciéndose por el orbe, víctima de una maldicion. Allí terminaba su mision: no quiso conocerlo, no quiso someterse á la Iglesia de la nueva alianza, y á fuer de esclava, como Agár, fué des-

(1) Jerem. XXXI, 33.

(2) Gen. XV, 1.

(3) Num. XX, 12.

(4) Joann. XX, 5.

heredada y despedida de la tienda del divino Abraham, del padre de los verdaderos creyentes.

¿Y á qué tiende el catolicismo? ¿A dónde conduce? ¿Será transitorio como la Sinagoga? No, Señores. Las puertas del infierno no prevalecerán contra él (1); es la columna y el apoyo indestructible de la verdad (2); es la religion de Dios, la alianza eterna del que dijo que estará con nosotros hasta la consumacion del siglo (3). En vano será combatido: triunfará siempre, y de nuevo brillará como el sol tras la tormenta. Podrá ser desterrado de un pueblo, pero otro le abrirá sus puertas. Siempre el mundo será su hijo, vivirá bajo su influencia, y concurrirá de un modo ó de otro al logro de sus tendencias.

Esas tendencias, hermanos míos, son admirables. Es el camino, la verdad y la vida como Jesucristo (4). El camino que conduce al género humano á su perfeccionamiento; la verdad, que brillando sin sombras y sin interrupcion á sus ojos, le dirige á su término; la vida, en fin, que da la felicidad á que el hombre aspira y ha aspirado siempre. Es la única doctrina que habla de Dios de una manera digna de Dios, la única que en términos claros y precisos enseña al hombre lo que ha sido, lo que es y lo que debe ser, dándole medios eficaces para llegar sin tropiezo á su fin. Es una religion de progreso sobre bases inmutables: parte de un principio fijo y eterno, y de él progresivamente se adelanta en sus consecuencias hasta el bello ideal de la perfeccion del individuo y de la sociedad. No rechaza el programa de los que piden el progreso de las artes y de la indus-

(1) Matth. XVI, 18.

(2) Timoth. III, 15.

(3) Matth. XXVIII, 30.

(4) Joann. XIV, 6.

tria, y el desenvolvimiento de las inteligencias por la instruccion y la verdadera libertad social. ¡Cómo rechazarlo, si á la religion se debe cuanto en este camino ha adelantado la humanidad! Admite este programa, pero lo dirige por el camino de la verdad y de la caridad, que son su base, y la base de cuanto tiene sólida existencia, porque recuerda siempre que el hombre no vive de solo pan, que no es feliz con solos los bienes materiales. Antes de Jesucristo los tenia el mundo, y la humanidad era desgraciada. El hombre vive y se engrandece con la palabra que sale de la boca de Dios. Bienaventurado, dice David, llaman al pueblo que abunda de bienes terrenos; pero no lo es sino el que tiene por Señor á nuestro Dios (1).

Es una religion de progreso, Señores. Los que dicen lo contrario, calumnian al catolicismo. Su constitucion y su historia los desmienten; más aún, prueban que no es posible el progreso fuera del catolicismo. Lo evidencia en primer lugar su constitutivo, que es una base inmutable y eterna, que es la verdad y el amor, que es la alianza con el principio eterno y necesario de todo bien. Progreso significa desarrollo, perfeccionamiento gradual y sucesivo del hombre y de la sociedad. Para que se logre, es preciso ante todo un fundamento sólido é indestructible, un principio eterno. Toda civilizacion se reduce al desenvolvimiento normal de lo útil, de lo justo, de lo bello, de lo santo, de lo verdadero, y este desenvolvimiento es el resultado de una doctrina fija, sagrada é incontrovertible. Sin esta fijeza de principios, no es posible el desenvolvimiento en medio del polvo de las opiniones, que se eleva y baja tan rápidamente. Sin

(1) Psalm. CXLIII, 15.

una base sólida no se edifica: si la tierra no es firme, el hombre no puede, apoyando en ella su pié, levantarse con esfuerzo supremo. No consiste, hermanos, el progreso en la variación continua de principios, sino en el desarrollo de las consecuencias que nacen de un principio inmutable. Este principio solo el catolicismo le tiene en su fe y en su verdad. Los siglos nada le han añadido: las revoluciones nada le han quitado.

La perfección á que aspira el hombre, exige el orden, la armonía, la marcha de cada cosa á su fin propio, la virtud, la caridad. ¿Y dónde se encuentra esto sino en el catolicismo que le dice: sé perfecto como el mismo Dios (1); crece de virtud en virtud hasta trasformarte en una copia exacta, en una imagen perfecta del Hijo de Dios? (2) Mira el modelo que te presenta el Evangelio. ¿Le admiras? ¿Envidias su gloria? Haz según él hizo para llegar á ella (3). Extingue en tu corazón la raíz del mal, el orgullo, el egoísmo, la envidia; planta en él las virtudes; sé bueno; ama á Dios que te ha criado, ama á tu prójimo como te amas á ti mismo (4), como te ha amado Jesucristo (5). Eres hijo de Dios: hazte digno de la herencia de Dios. No pongas tu corazón en las cosas materiales y limitadas; elévate sobre ellas, busca lo infinito, lo eterno (6). Oid á San Pablo: Solícitos en conservar la unidad del espíritu en vínculo de paz, y formando todos un cuerpo y un espíritu, como que es una misma la esperanza de nuestra vocación, y tenemos un mismo Señor, una fe y un bautismo, no seamos como

(1) Matth. V, 48.

(2) Ephes. IV, 13.

(3) Exod. XXV, 40.

(4) Matth. XXII, 37, 39.

(5) Joann. XIII, 34.

(6) Matth. VI, 19, 20.

niños que vacilan, ni nos dejemos llevar de todo viento de doctrina por la malignidad de los hombres, que engañan con astucia de error; antes bien, siguiendo la verdad en caridad, crezcamos en todas las cosas en aquel que es la cabeza, Cristo, por el cual recibe aumento todo el cuerpo coligado y unido para edificarse en caridad (1). Resta, hermanos, que todo lo que es verdadero, todo lo honesto, todo lo justo, todo lo santo, todo lo amable, todo lo que es de buena fama, si hay alguna virtud, si hay alguna alabanza de costumbres, esto pensadlo: lo que aprendísteis y recibísteis, lo que oísteis y visteis en mí, esto hacedlo, y el Dios de la paz será con vosotros (2).

La historia desmiente también á los detractores del catolicismo. ¿Qué era el mundo al aparecer nuestra religión sobre la tierra? ¿Qué era la ciencia, qué la moral, qué la política, qué, en fin, la autoridad? El cuadro, Señores, visto en su desnudez, es horroroso. El tiempo no permite bosquejarlo hoy: otro día tendré ocasión de hacerlo al hablaros de los beneficios del catolicismo. Ahora basta decir que todo lo ha regenerado, todo lo ha suavizado, y ha dado á la ciencia la luz fija de la verdad, que emana de Dios; á la moral, la idea sólida de la virtud, hija de la caridad divina; á la autoridad, el carácter de la paternidad; al pobre, la libertad y la esperanza; y á la civilización, el impulso más eficaz y positivo. Cuanto hay de grande, hermanos, tiene origen católico; y mal que les pese á los modernos novadores y á los llamados filósofos, ellos mismos han bebido en las fuentes de la religión y en sus producciones, las aguas que su orgullo y su egoísmo han enturbiado y envenenado, y que tur-

(1) Ephes. IV.

(2) Philip. IV, 8, 9.

bias y envenenadas presentan al pueblo con astucia de error, segun la frase de San Pablo (1). Se han valido de las luces que ha difundido la religion para hacerse sábios y llamarse grandes; y cuando su orgullo les ha hecho creer que han llegado á esa altura, no han querido ya adorar á Dios, ni reconocer la supremacia de la religion: han sustituido á ella los ídolos de sus ideas y sistemas, y no contentos con adorarlos ellos, ambicionando lo que buscó Adan en su rebeldía contra Dios, y lo que el demonio prometió á Jesucristo si le adoraba, quieren tambien que el pueblo adore esos ídolos, para que su adoracion refluya en sus autores. Obran en direccion opuesta á como obró Jesucristo al ser tentado, y hacen el papel del demonio tentador, halagando con pomposas promesas á los que engañados les sigan. Por fortuna, esas ideas tienen la suerte que les señala un sábio católico: nacen en un gabinete, tienen su cuna en un libro, y su sepulcro en una biblioteca. Pasan como meteoros, y desaparecen. Si en su tránsito no sembraran la semilla del mal, ni aun memoria de ellos, ni de sus autores, quedaria en el mundo. Solo el Catolicismo, porque es la religion de Dios, de la verdad, de la vida y de la perfeccion; solo el Catolicismo permanece inalterable en su base, magnífico en sus producciones, perfecto en sus obras, y acompaña al género humano en su peregrinacion sobre la tierra hasta dejarle en el seno de la divinidad, para que goce de una felicidad infinita y eterna. Este es el término de sus progresos.

Sigámosle, hermanos míos, que es guía seguro, hácia un término feliz. Los grandes filósofos de la antigüedad buscaban en vano esa guía, y pedian al cielo que

(1) Ephes. IV, 14.

hiciese descender sobre la tierra al legislador y maestro del género humano. La Sinagoga, que habia recibido la promesa de ese maestro y de ese guía, lo invocaba sin cesar. Nosotros hemos oido su palabra y recibido su divina ley: gocémonos de ser contados en el número de sus discípulos, y no seamos como los pequeños filósofos de nuestros días, que para parecer grandes, hacen alarde de querer pasar sin Dios, sin Jesucristo, sin religion, ó blasonan de ser capaces de corregir y mejorar la obra de la Sabiduría infinita. Compadezcámoslos y dejémoslos que vayan solos por el camino del orgullo, del egoismo y de los goces materiales, que conduce á un precipicio inevitable. He dicho mal, no los dejemos ir: hagamos un esfuerzo para detenerlos, y cuando otra cosa no podamos, roguemos á Dios por ellos. Entre tanto nosotros gravemos en nuestro corazon la sentencia de Jesucristo: El hombre no vive de solo pan, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios (1); de la fe, de la caridad, de la religion.

Por lo que he dicho hasta ahora, conoceis al hombre como salió de las manos de Dios: le conoceis cómo se hizo á sí mismo pecando: conoceis la religion que le regenera. Conocedores de lo que sois, admirad y agradeced lo que debeis á Dios; llorad y arrepentíos del mal que os habeis causado con el pecado; amad y practicad la religion que os devuelve el bien perdido: ella os hará recobrar vuestra grandeza en la tierra, y os preparará la felicidad eterna en el cielo.

(1) Matth. IV, 4.